

EL SATIRICÓN PETRONIO

Este antiguo relato (muy probablemente de tiempos de Nerón y escrito por «este» Petronio) se ha conservado solo en fragmentos; sin embargo, resulta muy difícil adivinar cuál es el tamaño de las lagunas. Eso sí: era una obra extensa, con más de dieciséis partes repletas de aventuras que, aunque eróticas, son también bastante monótonas. Por primera vez disponemos de la traducción en nuestro idioma de todos sus fragmentos. Hasta el momento solo se había traducido uno de ellos, *El banquete de Trimalción*, y se dejó la gazmoñería restante para tiempos menos pudorosos que, resulta, son los nuestros. Así, finalmente, el lector podrá descubrir por qué el fragmento del *banquete* gozaba, y con razón, de especial popularidad: es, con diferencia, el mejor artísti-

camente hablando, y su humor es de una categoría superior. No puedo quitarme de encima esa sensación de que fue otra mano de la antigüedad la que lo escribió, o que si no lo escribió, lo rehizo añadiendo una irónica magnificencia. Los filólogos ni siquiera se plantean tal eventualidad. A lo mejor tienen pruebas más que sólidas sobre la autoría única del relato. Por lo que mejor me callo. Además, ¿hace realmente falta ponerle peros a un texto de hace más de dos mil años? ¿Reprocharle en algunas partes la banalidad de sus bromas? El humor es la más delicada emanación de las costumbres de una época, pero también la menos duradera. Con seguridad la obra de Petronio era terriblemente cómica y estaba repleta de alusiones entendibles por todo el mundo. Hoy tratamos de devolver la vida a la alusión con notas a pie de página, pero eso es como avivar la pata de una rana muerta con descargas eléctricas. Además, el relato debía de ser divertido en lo lingüístico. Sus personajes principales, libertos en su mayoría, hablaban la lengua de la calle, ¡tan alejada de las normas retóricas! Los errores gramaticales y de lógica introducidos por el autor a sabiendas debían de hacer reír. No resulta fácil traducir todo eso y, además, cuando el deber de la precisión filológica oprime al traductor, el resultado final solo puede ser ingrato. Sea de una manera o de otra, *El Satiricón* no pasará mucho tiempo en las librerías. A los entusiastas de los *happenings*, les diré que encontrarán en Trimalción a su patrón. Su banquete es ante todo un inmenso *happening*, solo que más costoso que el de Tadeusz Kantor.

Traducción del latín y redacción de Mieczysław Brożek. Wrocław:
Biblioteka Narodowa «Ossolineum», 1968.

ENTREMESES MIGUEL DE CERVANTES

El número de obras escritas por Cervantes no es tan desalentador como en el caso de Lope de Vega. Tampoco fueron apreciadas de la misma forma a través de las diferentes épocas. Los románticos vieron en *La Numancia* una obra maestra dentro del género de la tragedia. Hoy se suelen interpretar más sus comedias y, sobre todo, sus entremeses. Son campo abonado para la ingeniosidad escénica, poseen el germen de la espontaneidad, hay en ellos danza, música y canto. Tanto es así que resulta difícil creer que estas alegres piezas escénicas se engendraran en un calabozo. Pero tratándose de Cervantes, tampoco es para extrañarse: la primera parte del *Quijote* nació también en prisión. Muchos de sus contemporáneos lo hubiesen dado todo por ver, aunque fuera de lejos, el semblante del escritor español más grande. El carcelero gozaba gratis de tales vistas y, probablemente, no le provocaba ninguna emoción especial. Seguro que el censor de Madrid, el marqués de Torres, se sorprendió mucho al ver cómo unos distinguidos franceses estaban tan ansiosos de

conocer al honorabilísimo don Miguel. ¿Quién? ¿Ese hambrón? ¿Ese vagabundo? ¿Ese manco? ¿Acaso no había nada mejor que ver en todo el Reino? Lástima que esa anécdota no llegara a oídos de Cervantes. Se hubiese podido convertir en otro entremés, quizás al nivel del mejor de esta selección, *El retablo de las maravillas*. Esta pequeña obra de teatro posee, como sostienen los investigadores, elementos autobiográficos. Es una réplica burlona a los exámenes de pureza racial a los que fue sometido el autor durante la última etapa de su carrera como recaudador de impuestos. Pobre Cervantes. No consiguió en su vida nada más que eternidad.

Traducción del español y epílogo de Zofia Szleyen, ilustraciones de Józef Wilkoń. Cracovia: Wydawnictwo Literackie, 1967.

GILGAMESH

Gilgamesh, como corresponde al héroe de la epopeya más antigua conocida, es en dos terceras partes dios, y en solo una, humano. De los dioses tiene la fuerza, el hermoso cuerpo y la supremacía real sobre el resto. Pero basta con una, en apariencia, pequeña adición de humanidad para que su fuerza tenga miedo de otra fuerza, su supremacía se sienta sola, anhele una compañía

digna de sí y descubra que la belleza se convertirá en polvo. La divinidad de su naturaleza resulta ser frágil e insegura. Y aunque los autores del poema le rinden debida cuenta en numerosos y solemnes apóstrofes, no obstante, en aquellos que describen con mayor detalle las hazañas de Gilgamesh, representan el curso de sus pensamientos, se adentran en las profundidades de su alma y nos hablan de un simple ser humano, un humano mortal, que nunca estará conforme con su destino. Así pues, el relato sobre la extraordinaria historia de un ser extraordinario acaba convirtiéndose, por la necesidad artística en el poema de amistad y muerte, esperanza y desesperación por la existencia humana, en algo que nos conmueve no solo por proceder de un abismo de tiempo tan vertiginoso. En la epopeya hay secuencias en las que ni siquiera hace falta explicar las diferencias o el primitivismo de la cultura de aquel tiempo. Cuando la prostituta Shamhat doma al salvaje Enkidu, o cuando la madre de Gilgamesh reza por el retorno del hijo de su campaña militar, o cuando Gilgamesh llora la muerte de su querido amigo (ni por un instante sentí que la situación se podría haber escrito mejor o de otra manera). Con esta narración, y algunas de sus tramas que se remontan cinco mil años atrás, se da comienzo al primer capítulo de la épica universal. Y empieza tan bien que solo algunos Homeros llegaron más alto, o más profundo. El poema no se conserva en su totalidad. Sin embargo, gracias a Robert Stiller podemos considerarlo casi completo. Además de traducirlo, Robert Stiller ha llevado a cabo un trabajo compositivo independiente, comple-

tando las lagunas del poema con fragmentos de canciones sumerias que lograron «salir indemnes» en tablillas de arcilla.

Epopeya babilónica y asiria a partir de fragmentos leídos y completados con canciones sumerias por Robert Stiller. Varsovia: PIW, 1967.

LOS MITOS GRIEGOS ROBERT GRAVES

Son dos libros en uno. El primero es una amplísima antología de mitos griegos que abarca, en lo posible, diferentes variantes aparecidas en momentos y lugares distintos. Provista de referencias documentadas y un índice de notas, tiene un considerable valor enciclopédico. El segundo libro corresponde a los comentarios. No hay que esperar de ellos una gran variedad de conocimientos, dado que a Graves solo le atrae una cosa de los mitos, pero esta le apasiona tanto que sus conjeturas científicamente fundadas tratan de igual a igual a las científicamente dudosas. Los seguidores de Jung acusan con razón a Graves de forzar argumentos que no encajan con su querida tesis. Graves remite esa misma queja —y de nuevo con razón— a los seguidores de Jung. El escritor (o mejor dicho, una rama de la mitología

con la que simpatizo) ve el mito como una alusión directa a una realidad histórica. Y los psicoanalistas, como una referencia al subconsciente colectivo. Sueño con ese libro en el que ambas escuelas griten sin miedo que ya no es posible seguir viviendo la una sin la otra. Para Graves, el mito griego nos ofrece un testimonio colosal de cómo el sistema patriarcal sustituyó al matriarcal, aunque no de forma violenta, impuesto por oleadas de invasores helenos procedentes del norte y del este. Es posible que me equivoque, pero me parece oír algo así como la melancólica nota de nostalgia de un tiempo en que las mujeres detenían incluso el poder divino y ordenaban que los hombres que ejercían la prostitución (y que estaban a su servicio) visitaran el otro mundo una o dos veces por año. Por lo general, Graves exhibe una cautivadora debilidad por las mujeres. La hipótesis de que una mujer fuese la autora de *La Odisea* se repite en su libro como un axioma, pero la argumentación es terriblemente pobre. La conclusión es que debemos leerlo no solo con admiración por su talento y colosal erudición, sino también con confiada y sincera precaución. Es un poeta nato que ha escrito un libro sabio.

Traducción del inglés de Henryk Krzeczowski, prólogo de Aleksander Krawczuk. Varsovia: PIW, 1967.

CANCIONES ÉPICAS ESCOGIDAS AŚWAGHOSA

El autor de la leyenda rimada de San Alejo era un individuo ingenuo y falto de picardía artística. No escribía para escépticos y, seguramente, ni siquiera tenía la menor idea de que existiesen. En consecuencia, no sabemos cómo era la esposa de San Alejo, a la que este abandonó después de la boda para perseguir la voz de una llamada ascética. Si lo hizo porque esta era más fea que una noche oscura, entonces la decisión del retraído novio pierde, cuanto menos, la mitad de su nobleza. No es el caso del príncipe Nanda, el hermano budista de Alejo, varios siglos mayor que él. Nanda también se retira del mundo pero, antes de que eso suceda, vemos cómo se divierte en la cama con la más bella de las mujeres terrenales. El astuto poeta Aśwaghosa sabía que si el mundo es una trampa cruel, esa misma trampa debía contener atractivos igualmente falaces. Y los pintó con la misma pericia y sensualidad que solo encontraríamos mucho después en la escultura hindú. La gran disputa filosófica entre Nanda y Buda sobre la vanidad de la existencia se desarrolla en parajes soberbios, rodeados de una vegetación exuberante y bajo un cielo sembrado de pájaros. Aśwaghosa, aunque no me ha convertido al budismo, sí ha conseguido, sin embargo, convencerme de que es un gran artista, es decir, alguien que no se lo pone a sí mismo fácil. Un poeta de un menor calibre hubiese situado a los participantes

de la discusión en un desierto hambriento de vida. Aśwaghosa vivió probablemente a finales del siglo I y principios del II d.C. Escribió sus poemas en un digno sánscrito. Y directamente de ese idioma, Andrzej Gawroński ha realizado la traducción de los fragmentos. Traducción que, como es propio del trabajo de un erudito, seguramente es fiel al contenido, pero ya tiene cuarenta años y guarda cierto aroma a la *Joven Polonia*, prueba de la formación del gusto del traductor en un período todavía anterior. Sin embargo, el problema principal está en la rima, que es poco ingeniosa. A la maestría del original se le debería haber encontrado algún equivalente en nuestra lengua, igualmente grandioso e intraducible. Por desgracia, ha sucedido al revés y el nivel de la poesía ha descendido.

Traducción del sánscrito de Andrzej Gawroński, apéndices y epílogo de Eugeniusz Śluszkiewicz. Wrocław: «Ossolineum», 1966.

MERCADERES EN EL SIGLO XVI PIERRE JEANNIN

Se han escrito muchas historias de aventuras sobre caballeros andantes, pero sobre mercaderes andantes, que yo sepa, ningun-

na... Y eso que hasta un mercader normal y corriente superaba al noble medio en cantidad y riqueza de sus aventuras, en la necesidad de arriesgar su vida y en iniciativa. El mero hecho de tener que viajar más, con más frecuencia, y más lejos, le exponía constantemente a innumerables peligros. Nunca se podía prever con exactitud cuándo saldría de puerto un barco cargado con mercancía. Al igual que en tiempos de la Guerra de Troya, había que esperar vientos favorables, solo que ya no hacía falta sacrificar a Ifigenia. Tampoco se sabía nunca si la mercancía llegaría a su destino o, tan siquiera, si llegaría. Tengamos en cuenta, además, la inseguridad de las sociedades comerciales y las complicaciones relacionadas con la clientela, porque cuanto más pudientes eran, menos dignos de confianza. Y, finalmente, el terrible miedo a los fuegos del Infierno, ya que la Iglesia católica prohibía muchas transacciones. El triunfo del calvinismo entre los mercaderes vino provocado, en gran medida, porque la nueva fe no condenaba el hecho de prestar dinero con interés. El libro de Jeannin, quien nos habla de todo esto, tiene, sin embargo, un defecto. Es posible que yo esté inadmisiblemente poco instruida, pero lo cierto es que no tengo ni idea de cuánto eran setecientos mil florines, trescientos ducados, noventa y cinco mil libras o cincuenta sólidos. El autor no explica las equivalencias entre las distintas unidades monetarias, ni tampoco su valor adquisitivo en aquel tiempo. La inclusión, aunque fuera, de una pequeña tabla (es obvio que es un trabajo difícil, teniendo en cuenta la fluctuación de los precios en ese tempestuoso siglo)

me hubiese ayudado mucho a ponerme en situación. No estoy pidiendo equivalencias en abrigos impermeables, me basta con albornoces de paño flamenco. Me gustaría saber cuánto costaba un caballo, un barril de sal, un cañón modesto o uno suntuoso. Como consuelo, el libro viene con bellas reproducciones de antiguos grabados y cuadros, para las que la editorial no escatimó el papel bueno.

Traducción del francés de Eligia Bakowska. Varsovia: «Czytelnik», 1967.

RECUERDOS DE MI VIDA FIÓDOR SHALIAPIN

Shaliapin era partidario de entrar a escena a lomos de un vivaz corcel. El espíritu de su tiempo quiso que todo fuera sólido y verdadero en el teatro, no solo las intrigas. Si hacía falta un bosque, pues se iba al parque, se arrancaban unos árboles y se ponían en el escenario dentro de unos maceteros. Shaliapin poseía, además de una cautivadora voz, un extraordinario talento natural. Muchos de sus conflictos entre bastidores se debían a que exigía a sus compañeros un verismo igual al suyo al interpretar sus papeles. Imaginémos a Wyspiański, por ejemplo, que

como influyente editor exigiera a los autores no solo texto, sino también ilustraciones de su propio puño. No se puede obligar a la gente a poseer dos talentos al mismo tiempo. A mí personalmente no me molesta ver a un cantante clavado como una estaca en escena, mientras tenga una voz hermosa y no olvide cantar con la dicción apropiada. Tras la lectura de *Recuerdos de mi vida*, en especial de su primera parte, me inclinaría a conceder a Shaliapin un tercer laurel por su talento literario. Sin embargo, y a este respecto, me ha molestado saber que Maxim Gorki participó activamente en la aparición de este libro, y me cuesta creer que solo numerara las páginas. Muy probablemente debemos a sus expertas manos el pintoresco dinamismo con que se describe la terrible infancia del cantante, o los años de humillaciones y extrema miseria. Más adelante, cuando ya habla de los años de pleno reconocimiento artístico y mundial, es como si Shaliapin perdiera brío, guarda silencio sobre no pocas cuestiones importantes y se justifica continuamente. Sigue siendo interesante, pero ya no hay claroscuros. Quizás se deba a que vivir en la cumbre de la gloria es aburrido y las vistas que se extienden alrededor, brumosas.

Traducción del ruso de Ludwik Rakowski. Cracovia: PWM, 2.^a edición, 1967.

SELECCIÓN POÉTICA

HORACIO

En la poesía polaca, el reinado de Horacio se extiende desde el Renacimiento hasta el final de la Ilustración. El Romanticismo se mostró indiferente al poeta de la *Aurea mediocritas*, por eso, a partir de entonces serían otros los maestros que patrocinarían el florecimiento posterior de la poesía. Aun teniendo eso en cuenta, no puede dejar de sorprendernos la publicación de una selección de traducciones como esta. Resulta perjudicial para una época en la que la influencia horaciana es creativa, y favorece, por el contrario, un tiempo en el que filólogos y poetas, generalmente atrasados, comenzaban a encargarse de traducir al poeta romano. El autor de la selección ha incluido en este amplio repertorio traducciones a partir de mediados del siglo XIX, más o menos desde Felicjan Faleński, dejando al margen, sin embargo, las de Kochanowski, Morsztyn, Trembecki y Krasicki en un tímido *Apéndice*, como si se trataran de bien medidas dosis de veneno. No puedo imaginarme una concepción más desafortunada. Debe de tener su explicación en el concepto de «traducción moderna». ¿Acaso porque para ciertas personas la sutileza escolar de Faleński es más moderna que el polaco de Jan Andrzej Morsztyn? ¿O puede que más bien tenga que ver con una mayor precisión en la traducción, de la que los grandes clásicos de nuestras letras a veces se alejaban? Además, el gusto por la paráfrasis de su tiempo se ajusta mejor

a la gloria horaciana que la fiel pero horrible «cría con olivos» concebida con montones de diccionarios. No digo que todas las traducciones sean malas, pienso incluso que un tercio de ellas merece un lugar en cualquier libro mejor concebido. Me refiero más bien a esa, aquí manifiesta, predilección por una tradición literaria que al aficionado a la poesía le provoca una reacción alérgica cutánea. Y en cuanto a Horacio... ¿Debe estar eternamente solo a merced de latinistas rimadores? No hace tanto *Twórczość* publicó unas traducciones de Adam Wałyk. Fue una sensación extraña: ¡qué Horacio tan nuevo y vivo, qué cercano a nuestra sensibilidad actual! Habrá que esperar a que el traductor proyecte una nueva antología.

Elaborada por Jerzy Krakowski. Wrocław: Biblioteka Narodowa «Ossolineum», 1967.

JAROSLAV HAŠEK
RADKO PYTLIK

Sea quien sea, el crítico literario debería creer en fantasmas. El miedo a que, de repente, a medianoche, se abra la puerta y aparezca el espíritu del escritor al que se está examinando podría resguardar a los exegetas de no pocos disparates. Lástima que

Radko Pytlik no tenga miedo de los fantasmas y proyectara su obra sobre Hašek con una sensación de absoluta seguridad. Como resultado ha conseguido hundir a este gran humorista en el océano de la fraseología. En algún lugar del subconsciente del crítico echó raíces el convencimiento de que revolución y alegría son dos conceptos irreconciliables. Como Hašek era revolucionario, Pytlik consideró que su deber sagrado era justificar de alguna manera el sentido del humor del escritor. Y descubrimos con estupefacción las diversas «máscaras» de Hašek: la máscara del bromista, la del bufón y la del embaucador. Resulta que solo la cruel necesidad le compela a reír; de tal modo que si los tiempos hubiesen sido menos terribles, Hašek, con un suspiro de alivio, se habría puesto a escribir tragedias. Al crítico le plantea serios problemas la vida personal del escritor, quien no destacaba por su ejemplar comportamiento, era muy dado a organizar escándalos y se le conocía por su amor a la bebida. Como todas esas inclinaciones bohemias tampoco encajan demasiado bien con el modelo del progresista ideal, Pytlik trata de convencernos de que Hašek no juguetea de manera inocente, sino con lúgubre premeditación. Los únicos rayos de luz del libro son las citas del propio Hašek y algunas fotografías suyas. Nos mira el mofletudo rostro de un hombre capaz de reírse de cualquier cosa que se cruzara en su camino. Por desgracia, Pytlik llegó demasiado tarde.

Traducción del checo y comentarios de Edward Madany.
Varsovia: «Wiedza Powszechna», 1967.

EL HECHICERO DE NANTES NADZIEJA DRUCKA

En las ilustraciones que decoran las novelas de Julio Verne de forma tan peculiarmente imaginativa todo es a rayas: la tierra es a rayas, la luna es a rayas, el mar es a rayas, a rayas son las velas de los barcos que alzan el vuelo bajo las nubes, a rayas las retortas de las que emanan humaradas agoreras y a rayas las orejas del descubridor del volcán en el Polo Norte. Cuando me enteré en la escuela de que en el polo no hay ningún volcán, me llevé un gran disgusto. Pero la antigüedad de Verne también tiene hoy sus ventajas. Hace ya mucho tiempo que el conocimiento y la tecnología distanciaron la fantasía del escritor. Y el confrontar sus ensoñaciones con la realidad nos produce un gran placer, quizás algo teñido de melancolía. Aun con todo, Verne no era, al menos durante su periodo creativo tardío, ningún ingenuo fantaseador. Si bien sus primeros libros manifiestan aún la profunda confianza en la invención científica como garantía de la felicidad humana, esa misma fe cede más tarde su lugar a los malos presentimientos. Sus (en un principio) honrados científicos comienzan a revelar rasgos satánicos. Y si todavía aparece algún genial buenazo, tiene que ir con cuidado de que su invento no caiga en las garras de algún loco ávido de subyugar a la humanidad. *El hechicero de Nantes* es una biografía de Verne escrita de forma maravillosa y, al mismo tiempo, un estudio de sus libros

más destacados. Una vez más se cumple la regla de que los escritores provistos de gran imaginación tienen, por lo general, vidas ordenadas y monótonas. El individuo que tenga en mente ideas para unas cien novelas puede permitirse alguna que otra pequeña distracción como casarse y seguir alimentando, pese a todo, una gran pasión por surcar los mares. Pero que Dios se apiade de él si pretende comparar esos viajes con los que vivieron sus valientes héroes, y estoy pensando por ejemplo en el Capitán Nemo, quien, inalcanzable en su submarino, se tomaba por su mano la justicia contra un mundo perverso. Una justicia, ni que decirlo, hermosamente a rayas.

Varsovia: «Nasza Księgarnia», 1967.

MEMORIAS: FRAGMENTO DE LA CONFEDERACIÓN MAURYCY BENIOWSKI

Es un fragmento introductorio a la autobiografía de Beniowski, por vez primera traducida concienzudamente a partir del original en francés. En este capítulo, el autor escribe sobre su juventud y su participación en los levantamientos de la Confederación de Bar. No es un texto excesivamente largo, es más, el comentario de Stanisław Makowski, el prólogo y el anexo tripli-

can su extensión. ¿Se trata entonces de una perla exquisita de la literatura de memorias a la que merezca la pena dedicar tomos y tomos? De ningún modo. Los cielos, justos (en este caso), que concedieron a Beniowski talento para la vida, se lo negaron para la literatura. La razón de tanta abundancia de comentarios es la jactancia, en absoluto comedida, de su autor. Por cada página de embustes son necesarias tres, cuanto menos, para desmentirlas. Lo que prudentemente calla, hay que agregarlo. No nació conde, ni vino al mundo en un castillo. Se puso años de más para decir que había participado en la Guerra de los Siete Años. Mientras escribía sobre la confederación se atribuyó, con abnegación, muchas de las hazañas bélicas de Kazimierz Pułaski. Siempre que podía, doblaba el número de enemigos y, de paso, su propia valentía. Su suegro, un honrado carnicero (probablemente descontento con el cabeza de chorlito de su yerno), ascendió a noble dignatario. La mentira no es patiocorta, que digamos. Es ágil como una gacela. Es la verdad la que anda tras ella a paso de tortuga, cargada con todos esos documentos aclarativos, correcciones y exactitudes. Y si le queda alguna opción de ganar es solo por su longevidad. Pero antes de que empiece a ganarle terreno, ve con disgusto cómo el objeto de su persecución ya ha encontrado una meritoria inmortalidad en la obra de algún gran poeta. ¿Y qué le vamos a hacer?

Diseño de Leszek Kukulski y Stanisław Makowski. Varsovia: PIW, 1967.